

Aún me acuerdo de ti

“Siempre he tenido miedo al dolor”.

Tal vez, el dolor físico no sea ni la mitad de insoportable de lo que el dolor emocional puede llegar a ser.

Tal vez, la sensación de perder a alguien o algo que aprecias, de que se marche, de que ya no esté, sea el peor vacío que puede haber en el corazón de una persona.

“Aún me acuerdo de ti”.

Recuerdo aquel día que viajaste hasta aquella ciudad para ver a esa persona que tanto querías. Quedasteis a la entrada de un centro comercial. Tú subías por las escaleras mecánicas, con unos nervios que no te dejaban ni respirar. Te arreglabas el pelo, mirabas el móvil sin prestar atención a lo que ponía en la pantalla. Incluso dejaste que las escaleras te llevaran hasta arriba sin dar ni un paso sobre ellas para seguir experimentando durante unos segundos más aquella sensación de emoción. Estabas feliz.

Cuando por fin llegaste al final de las escaleras la viste de reojo, apoyada sobre una columna a la derecha y respondiendo al último mensaje que le habías mandado. Recuerdo que te daba mucha vergüenza ir hacia ella y miraste hacia la izquierda, como si no la hubieras visto, pero ella ya corría hacia ti. Ya te estaba abrazando. Qué sensación tan cálida y agradable, ¿verdad? Tus pulsaciones podían escucharse en el ambiente y el titubeo de tu voz no hacía más que evidenciar lo innegable. Por fin estabas allí.

Si te concentraras sólo un momento, aún podrías distinguir débilmente su voz resonando en tu cabeza. La voz más bonita que jamás habías escuchado. También podrías llegar a recordar aquel momento en el que, sin esperarlo, te regaló tu primer beso. Aquel momento en el que, para ti, el tiempo se paró completamente. Y qué bonito. Nunca podrías volver a mirar aquel banco con los mismos ojos. Nunca.

Pero no es a ella a quien echas de menos.

Recuerdo también aquellos momentos con tus amigos. Esa ocasión en la que os vinisteis arriba y os fuisteis en bus a pasar el día en la playa.

Al principio, el viaje ya prometía. La hora y media de trayecto fue todo risas y buen rollo.

Al llegar allí, os fuisteis a dar una vuelta por la ciudad. Una ciudad que ya conocías, pero que no dejaba de sorprenderte, simplemente porque no era aquella en la que habías crecido. Qué inocente. Y qué feliz con tan poco.

Las fotos en la playa fueron de lo mejor, ¿no crees? Qué guapo te veías aquel día, y cómo te quería la cámara por aquel entonces. Os parasteis en medio del paseo marítimo y os ibais turnando para sacaros fotos con el mar de fondo.

En realidad, el mar era lo de menos. Cuando os perdisteis en medio de las calles residenciales buscando un restaurante, estabais disfrutando lo mismo o incluso más.

-¡Qué inútiles somos! – dijiste en broma y entre risas cuando se quedó sin batería el móvil en el que estabais mirando el GPS.

Ni que te importara. Para ti, eso era lo mejor.

Después, os marchasteis a la playa con la intención de tomar el merecido baño que habíais ido buscando. Y bueno, la temperatura y el viento no eran los más adecuados para meterse en el agua. ¿Y qué más daba eso? ¿Acaso no fue genial aquel partido improvisado con las palas de playa? Quién lo hubiera dicho. Si hubierais sabido antes de ir el tiempo que iba a hacer, seguro que ni habríais comprado los billetes de bus. Y menos mal que no lo supisteis, ¿no?

El día en aquella ciudad terminó genial, con esa cerveza que probaste por primera vez y que tanto te gustó. O con aquel paseo tranquilo que disteis todos juntos recorriendo los puestos de esa feria. Había sido un día perfecto.

Y la vuelta a casa no dejó nada que desear. ¿Recuerdas el momento en el que uno de vosotros dijo la primera tontería que se le vino a la cabeza y os dio un ataque de risa a todos a la vez? Llegó un momento en el que, aunque os olvidasteis de lo que había dicho, os seguíais riendo sólo porque os había dado la risa tonta. En cuanto os quedabais calmados y uno volvía a reírse, no podíais evitar reiros con él sin saber por qué. Y era genial.

Hay que ver la cantidad de momentos buenos que has vivido, aunque aquí sólo te recuerde unos pocos.

Pero tampoco es a tus amigos a quienes echas de menos. Ni siquiera eres tú quien echa de menos a alguien. Soy yo quien te añora a ti. A aquella persona que solías ser, aquella facilidad que tenías para sonreír incluso si no te gustaba tu sonrisa, aquella felicidad que siempre transmitías.

¿En qué momento la emoción se convirtió en aburrimiento? ¿En qué momento desapareció el brillo de tus ojos? ¿En qué momento dejaste de valorar las pequeñas cosas que tan valiosas eran para ti? Te volviste frío, indiferente. Y te echo de menos. Te echo muchísimo de menos y es algo que me duele, aunque sé que no vas a volver.

“Tal vez, las hojas sólo existen para terminar cayendo”.

Es doloroso dejar ir a alguien que aprecias. Pero no hay nada más doloroso que echar de menos a uno mismo.